

## “ARAR SIN PERMISO”

—fuentecilla—

Han pasado tantos años... La vejez, con el laboreo incansable que hace sobre los cuerpos, ha fruncido mi rostro, encanecido mis cabellos, atenuado la luz de mi mirada y amortiguado el tono agudo de mi voz. Pero mi memoria sigue intacta; ni una sola vez que vuelvo a la casa familiar de vacaciones logro zafarme de los recuerdos, los cuales me embisten sin clemencia, clavándose en mi corazón como si fueran pitones de hielo.

Apenas me apeo del coche, me parece estar viendo a mi abuela, sentada en el poyo de la puerta, su rostro marchito por la tristeza, la mirada perdida en lontananza, sin mover una pestaña. Daba la impresión de que hubiera entrado en trance, pues estaba ajena a todo cuanto la rodeaba, incluso a las cosquillas que, al ser empujadas por el viento, le hacían en la cara algunas hebras de pelo que escapaban de su rodete, que sujetaba con los peinecillos de carey que le regaló mi tío en su último cumpleaños y que ella cuidaba como su mayor alhaja. Parecía esperar a alguien, como quien sentado en el banco de una estación aguarda la llegada de un ser querido aun sabiendo que los trenes pasarán de largo. Ahíta de paciencia, solía entrelazar las manos sobre su regazo, en el que tantas veces yo me refugié durante mi infancia, cuando tronaba en verano y las crestas de los montes de arcilla cercanos parecían como si estuvieran desangrándose, ella salvándose de mis temores con sus rezos... Santa Bárbara bendita, ruega por nosotros... Allí permanecía hasta que el lubricán se le echaba encima y tañían las campanas para llamar a misa de la tarde. Entonces se ponía en pie, cubría la cabeza con el manto negro y se acercaba hasta la iglesia, de su mano colgando el cestillo de mimbre de la compra, cuyo contenido solía cubrir con un paño de cocina. Me sobrecogía ver cómo se alejaba, arrastrando los pies, estremeciéndose de vez en cuando por culpa del relente que llegaba desde las dehesas, pero también, y sobre todo, por lo mucho que echaba en falta a su hijo pequeño.

Mi tío Eufrasio tuvo que escapar con lo puesto. Él había participado junto a miles miles de compañeros en aquel 25 de marzo que tantas veces me relató mi madre, como si fuera un cuento directo al corazón, para que se alimentase el orgullo que yo sentía por su hermano.

—Los abuelos trataron de impedir que participase en aquella revuelta del campesinado. Pero no hubo manera de retenerlo en casa. Ni te imaginas lo mucho que me acordé de los del 25 de marzo a lo largo de mi existencia. Al principio los dejaron hacer y no tomaron represalias contra ellos, pero en cuanto empezó la guerra fueron a cazarlos como si fueran conejos. Pobres incautos llenos de ilusiones... —Me relató hasta el último día de su vida, su hermano el centro de sus recuerdos.

Cierto día, ya bien entrada la noche, me despertaron aquellos susurros y el estallido de los besos. Cerré los ojos cuando descorrieron la cortina de mi dormitorio. Un miedo indómito zigzagueó por mi cuerpo, como si me hubiera atravesado un relámpago de helor que hizo tremolar todo mi cuerpo. Aún no he podido olvidar aquella mano fría acariciando mi cara, y luego los dedos enredándose en mi pelo con mucho cariño y suavidad, como solía hacer mi tío cuando jugaba conmigo.

A las pocas horas sonaron los disparos, y los hipidos y gritos ahogados caracolearon por toda la casa, desde las cuadras hasta el desván. Y mi abuela ya nunca más se sentó en el poyo de la puerta, ni fue a misa de tarde, ni volvió a llenar el cesto con comida para entregársela al sacristán de la iglesia, que era el mejor amigo de la infancia de mi tío y lo escondió en el campanario cuando comenzaron las represalias de la guerra, y que al final corrió la misma suerte que él. Porque entonces los terratenientes, sin necesidad de mancharse las manos de sangre, igual que nunca se las mancharon de tierra, se cobraron sin compasión la *afrenta* que muchos de aquellos jornaleros les hicieron al invadir de manera pacífica sus fincas de Extremadura.

Los mataron como a alimañas por soñar como hombres que se creían libres. Y seguimos sin saber dónde están enterrados sus cuerpos, quién sabe si en las entrañas de aquellas tierras que araron sin permiso.